

Los samaritanos

Desde que volvieron los desterrados, de Babilonia a Judea, los jehovistas de la antigua tribu de Efraím constantemente solicitaban, con perfecta buena fe, una verdadera unión religiosa con Jerusalén. Samaria (la antigua Someron) seguía siendo el centro de los restos auténticos, pero mal guardados, del antiguo Israel. La situación política y social de aquella gente, no aplastada por Asiria, era mejor que la de los pobres colonos de Judea, pero la organización sacerdotal de estos países, que habían quedado fuera de la acción de Jeremías, era muy débil. No tenían más que una idea muy vaga de la *Thora*; no conocían a los profetas; no tenían, al parecer, ninguna escritura sagrada. Mediante las relaciones amistosas de los principales de Samaria con Eliasib y las familias sacerdotales, se llenó este hueco, y la *Thora*, recientemente arreglada, irradió sobre otras tierras, pasando de Jerusalén a Samaria.

La *Thora* no contenía el libro de Josué, pero lo recibieron como libro distinto y le añadieron cosas referentes a su historia y tradiciones fabu-

losas. Los samaritanos se privaron también de los *Libros de los Profetas*, porque en éstos se maltraba a Israel o se lo subordinaba a Judá. Las reformas proféticas eran la frontera profunda entre Jerusalén y Samaria, y ésta no iba a adoptar escritos que eran en parte su condena.

En Samaria no existía un templo de gran renombre; casi olvidados estaban los viejos santuarios de Silo y Betel. Los samaritanos habrían querido unirse por medio del culto al centro de Jerusalén, cuya alta vitalidad reconocían, pero todas sus solicitudes fueron denegadas. Los judíos los consideraban raza impura, sin mezcla de sangre israelita, y su culto lo creían paganismo grosero. Debían crear, pues, forzosamente un templo que pudiera consolarlos del injusto menosprecio de Judá.

Para ellos Siquem mejoraba a Samaria, por representar los recuerdos más preciados de la Edad patriarcal. La tumba de José se suponía que estaba a la entrada del valle. Los montes Ebal y Garizim, sobre la ciudad, figuraban como lugares santos en las leyendas mosaicas. Parece que el nuevo templo fue muy semejante al de Jerusalén y que se edificó en virtud de autorización expresa de Darío Noto.

De este modo se estableció definitivamente el cisma entre Judá y los samaritanos, obra de Sanballat y de su yerno Manasés, o más bien de la intolerancia de Nehemías. Expulsado Manasés de Jerusalén por negarse a abandonar a su mujer, a quien amaba, fue el primer sumo sacerdote de Garizim, y según parece provocó una emigración de jerosolimitanos descontentos del rigor de Nehemías contra los matrimonios mixtos, y a los que Sanballat atrajo dándoles tierras y dinero. Por evitar los crueles castigos aplicados en Jerusalén a muchas infracciones de los preceptos religiosos, continuó la emigración.

Un nuevo paso por la vía del puritanismo y del particularismo, significaba un progreso hacia el cisma. Este cisma, obra de Jerusalén, fue extremadamente funesto para el judaísmo.

El samaritanismo resultó un plagio del judaísmo propiamente dicho, y no produjo nada fecundo. Su mejor suerte fue el afecto que le profesó Jesús, que siempre sintió inclinación hacia los herejes, los excomulgados y los perseguidos. Creó el tipo del buen samaritano, y al pie del Garizim fue donde dijo Jesús: «Créeme, mujer: ha llegado la hora de no adorar a Dios ni en esta montaña ni en Jerusalén, sino allí donde los verdaderos adoradores adoraban al Padre en espíritu y en verdad.»